

Hugo Lindo

Humoristas de mi tierra



NO VOY a intentar una definición de humorismo: hay muchas, desde la que trae el Diccionario de la Academia, que poco explica, hasta la que formula este ensayista para adaptar el concepto a su personal manera de ver las cosas. Dado que mi propósito es distinto, me conformaré con ir deslizando, cada vez que me parezca oportuno, algunos de mis puntos de vista sobre el tema, también particulares y, por cierto, discutibles.

Parto del presupuesto de que hay una noción socializada, aunque un poco amorfa, de lo que puede entenderse por humor, por humorismo y por humorista. Ese protoplasma conceptual es bastante a mis fines y lo prefiero a cualquier definición bien perfilada, precisamente por su flexibilidad. Si pretendo sintetizar el hacer de los humoristas salvadoreños al través de dos o tres generaciones, me resulta más conveniente un margen amplio, por cuanto hay, entre ellos, humoristas de bien diferentes tónicas y temperamentos.

Merece ya un estudio el desarrollo de la literatura humorística en El Salvador. El siglo XIX suministra títulos y firmas de alguna valía. En lo que va corrido del siglo XX, no son muchos los autores que han mojado su pluma en tinta de regocijo, salvo en el aspecto un tanto volandero del humorismo de hoja diaria. Por el momento, sólo apuntamos el hecho de que existe una producción de esta natu-

raleza, y aunque la tentación de emprender un análisis documentado y sistemático nos viene asietando desde hace varios años, lo dejaremos para más tarde... o para otro.

El sencillo gesto de señalar con el índice un tema tan preñado de sugerencias, puede ser de algún beneficio. No podemos entrar en detalle, porque la materia obliga a mucho leer y apuntar, a calar con certeza la almendra de cada intención y el matiz de cada psicología. Y, lo que es tan difícil como lo anterior, a conseguir obras, colecciones de revistas y de periódicos, que sólo con extraordinaria fortuna podrían ser encontradas y habidas. Valga esto en descargo de la superficialidad de simple inventario con que en este ensayo, que ojalá sea precursor de ese reclamado estudio, se verán aparecer figuras y datos. Será una breve revista que, aún deseando ser completa, habrá de allanarse a posibilidades limitadas.

Si algún humorista de interés se nos escapa ahora, bien hará quien lo advierta en hacernos la pertinente observación, para incluirlo en nueva oportunidad. El caso es que por algo hay que empezar. Y esta sencilla nómina de ahora pueda que fije siquiera los jalones de un camino de investigación que más tarde sea recorrido por gente de más asiduidad e información.

Nos ha parecido oportuno dividir a los humoristas en dos rubros: los del siglo pasado y los del presente. Mas hemos de aclarar que tal división es más estética que cronológica. No se refiere a las fechas de nacimiento de los autores ni a las de edición de sus obras, sino a esa cosa tan difícil de delinear y definir que es el gusto.

Hay, indudablemente, un gusto finisecular. Hay, indudablemente, un gusto de nuestros días. Y no es el menor problema de los que pudiéramos plantearnos ahora, el de discriminar con exactitud —si ello es posible— la línea divisoria entre ambas manifestaciones. Por ahora, nos dejaremos guiar por la intuición. Si cometemos más de un error, estará justificado por el hecho de ser ésta la primera vez que se intenta un esquema de esta índole entre los salvadoreños.

A mitad del camino entre los humoristas finiseculares y los de hoy, existe un grupo bastante discernible, de escritores de transición

que, habiendo nacido en las postrimerías del siglo XIX, tienen en gran medida las modalidades actuales. Integra, diríamos, un puente natural entre los de ayer y los de este momento, de modo que su importancia para la historia de nuestras letras resulta innegable.

El humorismo de fin de siglo tiene, como las más ostensibles, las siguientes notas: 1. Se encuentra muy vinculado, tanto que casi se confunde con ella, a la expresión costumbrista; 2. Es de preocupación más urbana que campesina; 3. Dentro de lo urbano se nos aparece como más localista que universalista; 4. Su intención es más de orden moral que de índole económica o política; 5. Su lenguaje tiende a la exageración del casticismo y resulta, por tanto, frío y afectado.

Estas notas se dan aquí como generales: son el producto de una visión de conjunto que, como tal, hallará corroboración en una revista de los principales autores de la época, algunos de los cuales, por cierto, se exceptuarán de una o más de ellas y hasta presentarán sus propias y personales características.

En varias ocasiones hemos señalado cómo los escritores costumbristas de la pasada centuria, deben considerarse precursores del cuento en nuestro país. No lo lograron en plenitud —al menos para los gustos que hoy rigen—, pero sí abrieron las rutas por las cuales transitarían después, un después que ya es hoy, cuentistas como Salarrué, Rivas Bonilla, Rolando Velásquez y otros.

De manera análoga hemos de puntualizar hoy la abundancia de notas humorísticas contenidas en la producción de aquellos varones, a quienes cabe también estimar como precursores en este otro orden de cosas del humorismo.

El cuadro de costumbres suele englobar dos intenciones simultáneas: es documento en donde se asientan y perfilan las modalidades más características de una sociedad en un momento dado de su historia y es también, por su llaneza y amenidad, vehículo de moralización.

En cuanto documento es, en gran medida, caricatura. Porque la manera esquemática en que se exponen virtudes y defectos sociales

—defectos, sobre todo— participa de esa regocijada crueldad con que el caricaturista exagera y precisa los rasgos sobresalientes de su víctima y deja tácito lo demás. Y en cuanto vehículo de moralización tiene, igualmente, rasgos de caricatura, porque necesita partir de lo deforme o de lo informe —diagnóstico social—, acusar su existencia, antes de proponer expresa o indirectamente, una fórmula de redención. Item más: para que la cátedra velada del cuadro de costumbres tenga eficacia, no basta que el ingenio sea penetrante: es menester que el estilo se adapte a las necesidades, gustos y capacidades del ambiente, por manera que convenza, que persuada, que amenice los instantes del lector. La burla demasiado fina y sutil no llega a la sensibilidad de las grandes masas. Este guiso literario debe, pues, prepararse con abundancia de pimienta y sal.

La vida de las postrimerías del siglo XIX se caracteriza por cierto sentido de estiramiento y de engolamiento. Con la irreverencia de los años moceriles, aludimos una vez a la “generación de la tiesura”: ahí está el bastón, rígido; el mostacho, engominado, erecto como un manubrio de bicicleta; los cuellos duros y picudos, cuellos que se llamaban “de pajarita”. Los puños de las camisas, tiesos también. El sentarse a la mesa, verticalísimo, como si se pretendiera sembrar el poste de la columna vertebral en el junco de la silla. Las formas de cortesía, inflexibles. Es la época en que los niños no hablan a la mesa, porque “es de mala educación”.

Y todo eso trasciende a las letras.

La lírica viene señoreada por Juan de Dios Peza y Ramón de Campoamor, y por algunos otros poetas cuyo estilo peca de inflamación, pero se halla contenido en el corsé de una métrica sacratísima.

El humorismo, con ser lo más juguetón y travieso, también se resiente de tales rigideces. El autor no puede descender al lenguaje de la calle, de modo que el chiste debe tener un sabor casi académico. ¡Cuidado con los galicismos y otros barbarismos, que son causa eficiente de excomunió!

De ahí que los personajes de este costumbrismo humorista y los intentos de trama que aparecen de vez en cuando, nos parezcan bas-

tante artificiales, producto de marquetería. Con frecuencia hasta los nombres tienen el pueril propósito de personificar una virtud o un vicio: "don Avarino" es el avaro y la niña "Pura" es el ángel de candor.

Al hacerse las letras más liberales, con el siglo que corre, el humorismo abandonó el gabinete del humorista. Es decir, se tornó más real, más auténtico. Importó más el fenómeno vital que el gramatical y más el hecho concreto que la noción abstracta. Eso también tuvo un corolario: el humorismo, predominantemente social en los costumbristas, se trocó predominantemente político. Ya no incide sólo sobre el juego, el alcoholismo, la tacañería o la sensualidad, como pecados colectivos que es necesario fustigar, sino, ahora, sobre el gasto que tal gobierno hizo para una construcción de poca importancia, o sobre las declaraciones de tal Presidente de la República, o sobre las venalidades o debilidades de un Ministro.

Así como la luz decrece en razón inversa al cuadrado de la distancia, el humor se torna más agudo y eficaz al enfocar o iluminar un solo punto de la vida colectiva, en vez de incidir sobre la superficie íntegra del fenómeno social. El estilo se vuelve hasta un tanto descuidado, porque, insistimos, interesa ahora, de preferencia, el fondo. Y el humorismo se transfiere de la revista quincenal o mensual, al diario que vocean los "zipotes" por la calle.

Esta resulta ser otra nota diferencial entre el humorismo del siglo XIX y el del XX. Aquél es reposado, éste nervioso; aquél filosófico, éste beligerante. Aquél pertenece a la época de cuello duro; éste al de las camisas insolentes, detonantemente decoradas...

*

* *

Pocos de los humoristas de fin de siglo dieron a conocer obra orgánica. La mayoría de ellos se dedicó a publicar colaboraciones en revistas de la época, tales como *La juventud salvadoreña*, *La Uni-*

versidad y *La Quincena*, todas las cuales tienen un empaque científico y académico.

Los temas del momento son especialmente jurídicos y biológicos: preocupan mucho la institución del jurado en materia penal y las teorías evolucionistas de Darwin: al lado de artículos de esta tesitura, algún ensayo etnográfico, alguna prosita sobre el libre albedrío y el determinismo, en torno al valor ético del trabajo o de la honradez... versos románticos y romanticoides, y, muy esporádicamente, el cuadro de costumbres o el articulillo humorístico.

Hay poco interés hacia entonces por la sistematización de nuestras letras, de modo que no es fácil encontrar esquemas biográficos ni listas bibliográficas. Es una zona en la que hemos de movernos un tanto a ciegas, guiados más por indicios y conjeturas que por datos precisos.

De las revistas mencionadas, *La Quincena* sería la más iluminadora en un ensayo como el que hoy se intenta. Por desgracia, no tenemos esa colección a la mano: aun en San Salvador es difícil encontrarla completa. Anotamos la referencia por si allá, en la patria, algún otro quisiera corregir y complementar este modesto trabajo inicial.

*

* *

Don Hermógenes Alvarado p. (1845-1948) cultivó la literatura costumbrista. "Como literato, sobresale por su espíritu chispeante y humorista", ha escrito de él el profesor Saúl Flores. Quedan, de su pluma, los siguientes volúmenes: *Cuadros de costumbres*, *Aventuras del Gran Morajúa*, *Los apuros de un francés* (1896) y *Estafeta de la capital*.

Lo más conocido de toda su producción es *La pelea de gallos*, relato sumamente descriptivo en el cual zahiere la costumbre, mejor dicho el vicio, por entonces muy extendido entre nuestras clases modestas y ya desaparecido del todo, de las peleas de gallos. El juego

distrae por esa época tanto como el alcohol, al artesano, del cumplimiento de sus deberes. Aquí, en este trabajo, puede notarse muy fácilmente lo que venimos de aseverar respecto al *animus corrigendi* de este tipo de literatura.

La obra del señor Alvarado p. está a punto de desaparecer. Quedará un mínimo de ejemplares de sus producciones en bibliotecas particulares. Sería pertinente que, por su valor bibliográfico e histórico, el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura reeditara, en uno o dos volúmenes, los trabajos existentes.

Manuel Mayora Castillo, nacido en San Miguel en 1864, firma con el seudónimo Gil Sol. Lo menciona Juan Ramón Uriarte en su *Síntesis histórica de la literatura salvadoreña*. En la Biblioteca Nacional de El Salvador se encuentran dos obras suyas, de las cuales sólo una pertenece al género que hoy nos interesa. Llámase *Paliques* y tiene pie de imprenta de 1909.

En el mismo párrafo en que cita Uriarte a Mayora, hace también referencia a *Salvador Carazo*, autor de *Cuatro soldados y un cabo* y de *Taracea* (1895), que el autor subtitula "colección de cuentos serios". Los hay en el tomito de propia cosecha, en castellano y en inglés, y traducciones del inglés (Kipling) y del francés (Daré), recogidos bajo el rubro "Exóticos". Como que el autor, viajado y culto, quiso, en aquella sociedad de fines de siglo que tanto estimaba los dones del espíritu, dar una muestra de la amplitud de su formación literaria. Tomamos al azar, de uno de sus cuentos, este párrafo:

"Las preguntas llenas de ansiedad que se dirigen al criado, revisten cierto carácter augusto y están preñadas de lacónica elocuencia.

—¿Traes el cognac?

—Sí, señor, en esta alforja está.

—¿Y el whiskey?

—En esta otra.

—¿El tirabuzón?

—En el bolsillo.

—¡Ah!...

Esta interjección tiene la fuerza del suspiro de un cachalote, del resuello de un hipopótamo, del bufido de un delfín. Su traducción en el lenguaje corriente es: todo está bien en este mundo, que es el mejor de los mundos posibles”.

Francisco Román González (Fósforo), que por algunos años dirigió la revista *Actualidades*, es originario de Guatemala; pero su vida literaria íntegra se desarrolló en El Salvador. Consérvanse de él los siguientes tomos: *Alacranes y violetas*, colección de artículos festivos (1902), *El casto rosalbo* (1904), *Cuentos de color de fresa* (1904) y *Cuentos para niños de 40 años* (sin fecha de edición).

Del poeta romántico *Joaquín Aragón* hemos hallado, hurgando en papeles ya tostados por el tiempo, un largo poema jocoserio, titulado *El puente de los esclavos*, en el cual se relata la leyenda de la construcción de dicho puente por el propio Satanás y sus secuaces. La “Dedicatoria con ribetes de prólogo” tiene cosas deliciosas:

*Anoche, así que concluida
tenía ya esta leyenda,
me fui a dormir a lo fraile,
es decir, a pierna suelta.*

Esto nos hace creer que Aragón, poeta de suspiros y de “ayes” y de “tumbas frías”, ha de tener una producción humorística más amplia. Valga el dato, por curioso, como pista para los investigadores, quienes hallarán el trabajo citado en la revista *La Universidad*, serie II, N.º 10, de 1.º de julio de 1891.

Don José María Peralta Lagos —que aparece citado en otra parte de estos apuntes— dedicó todo un estudio al análisis del aspecto humorístico en la personalidad, la vida y la obra de don *Alberto Masferrer*.

Apunta las que él considera notas humorísticas. Para nosotros, en algunas partes de la obra de Masferrer, como en *Niñerías*, hay ingenio y hasta delicados rasgos irónicos; pero no consideramos del todo justificado llamarle humorista. ¿Quién es el autor que no tie-

ne, sobre todo si su obra es copiosa, algún puntillo de gracia picante, alguna salida de buen o de mal tono? . . .

Don José Belisario Navarro, sin ser propiamente un humorista y sí escritor de costumbres, deja caer, con frecuencia, en sus trabajos literarios, muy ágiles insinuaciones. Lo citamos porque su nombre no debe faltar entre los de quienes se dedicaron a la expresión del ambiente de fin de siglo.

Don José Héctor Paz (1884-1941), fundador y director del diario *El Comercio*, también fue, según informes, hombre de sonriente pluma.

Nosotros no hemos tenido oportunidad de conocer su producción.

Tampoco podemos decir nada de *Nicolás Canelo* ni de *Justo Martel*, porque no conocemos siquiera una muestra de sus obras. Los apuntamos también por referencias y de manera provisional, para lo que ello pudiera ser útil.

*

* *

Luis Lagos y Lagos, de quien corre tanta historia de boca en boca, ejerció el periodismo en El Salvador, en Chile y en Cuba. Fue hombre de humor, lo mismo en las tareas literarias que en la vida de todos los días.

Ingenio de esgrima rapidísima y personalidad de rezumante simpatía, dedicó la simpatía y el ingenio a la política y a la bohemia.

Refieren quienes lo conocieron, que si su pluma es ágil, su conversación tuvo aún mayor encanto. Hombre de mil recursos, aguzados por las frecuentes penurias a que lo sujetaba su falta de método en la vida, se hacía perdonar todos sus yerros con una sola frase oportuna. Era, afirman, imposible decirle "no".

Sus trabajos son ya poco conocidos, tanto por haberse agotado las ediciones que los contienen, cuanto por haber tenido la mayoría de ellos cierto valor contingente, actual en el momento en que fueron escritos, o, dicho de otro modo, periodístico,

Firmaba con el seudónimo *Lapizlázuli*, mas la sociedad en general solía llamarlo "El Negro Lagos", a causa de su morenez aindiada, que no negroide.

De su ejercicio en la línea periodística del humor, queda un pequeño volumen titulado *Vademécum*, que acaso sería conveniente reimprimir, no tanto por su valor intrínseco, cuanto por su valor histórico en nuestras letras, ya que la figura del Negro Lagos ha pasado a ser casi mítica y muy pocas personas conocen de él algo más que anécdotas de dudosa autenticidad. Por todo esto, nosotros adherimos totalmente a las palabras que sobre él expresa Manuel Andino en *Tribuna Libre* de 15 de abril de 1956:

"La del escritor salvadoreño Luis Lagos y Lagos es una vida pintoresca, aventurera, llena de luces y de sombras, vida que está esperando al crítico auténtico que la fije en su verdadero valor. Porque sobre Lagos y Lagos se ha tejido una leyenda que oscurece su verdadera personalidad. Las anécdotas sobre su vida bohemia, muchas de ellas falsas, en nada aumentan el prestigio de su figura de escritor. Confieso que relejendo algunos de los artículos de Lagos y Lagos he sufrido casi una desilusión. No es, en mi concepto actual, el humorista en quien creí en mis mocedades. Parte de su obra está condicionada a circunstancias políticas que le conquistaron simpatías populares. Escribía, sí, en prosa ágil, suelta, picante, abusando, a veces, de términos efectistas para mantener la atención del lector. En *Vademécum*, escrito en Chile, hay páginas que valen como crítica social y literaria. En lo general, es un escritor con personalidad. Por eso creo en la necesidad de un verdadero crítico que fije su justo puesto en la literatura centroamericana".

Si ese crítico no ha sido el propio Manuel Andino, quien se ha limitado a decir lo anterior, sí podemos afirmar que él es su precursor, por cuanto da una pauta justa y sin prejuicios para abocarse a la obra real del Negro Lagos, desbrozándola de mitos y anécdotas con frecuencia más vulgares que ingeniosas.

De 1923 a 1941 fueron apareciendo, en diversas imprentas de San Salvador, los libros de don *José María Peralta Lagos*.

Nosotros lo conocimos ya viejo. Había nacido en Santa Tecla en julio de 1873. Era hombre de gran estatura, corpulento, ancho de hombros, con una cabeza maciza cuyas notas características eran el pelo espinudo, los lentes gruesos y los bigotes caídos, como de morsa. Su charla era bondadosa y amena, siempre decorada por anécdotas amables de cuando él era cadete en la Academia Militar de Toledo.

Ingeniero y militar culto, sufrió al regresar a la patria las estrecheces intelectuales y morales que le imponía un ambiente poco desarrollado, en contraste con el que él venía de conocer. Su pluma se dedicó entonces a señalar defectos y proponer remedios desde las columnas del *Diario del Salvador*, del *Diario Latino* y de las revistas *Actualidades* y *Don Tumas*, dirigidas por otros dos humoristas: Francisco R. González (Fósforo) y Luis Lagos y Lagos (Lapizlázuli). De esos artículos surgió su primer libro, *Burla Burlando*, editado en 1923, cuya segunda edición, hecha por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, apareció en 1955. Es el único de sus libros que tenemos a la mano. Los demás, agotados desde hace mucho tiempo, no han sido reimpresos.

Si se juzgara a don José María Peralta, cuyo seudónimo era el de T. P. Mechín, por sólo esta obra, habría necesidad de negarle el carácter de humorista o de otorgárselo con muchas reservas. Cierro que el libro tiene algunas páginas graciosas, sobre todo aquellas en que relata las pillerías y ocurrencias de sus hijastros y de sus hijos; pero el tono general de la obra, no obstante el estilo flúido como el que más y ejemplarmente castizo, es más bien un tono de crítica directa y regañona, sin esa tangencia cáustica o cosquillante del verdadero humorismo. Dice cosas crueles, muy a la pata la llana. No sugiere, no insinúa, no se vale de ningún recurso indirecto. Así, por ejemplo, su artículo *Los seudónimos* (obra citada, segunda edición, página 103) se inicia con estas frases:

“Nada abunda tanto en mi tierra como la tontería, a no ser la ignorancia, su prima hermana”.

Más que de la pirotécnica verbal o de la agudeza de sus rasgos de ingenio, la fama de humorista de T. P. Mechín parece nutrirse

de su habilidad para relatar anécdotas. Nos consta que como conversador era impagable. Como escritor, las cuenta con gracia y donosura. Véase si no: en el artículo que intitula *Utilidad del ombligo* (página 175), después de haber referido el fracaso de uno de sus hijos en exámenes públicos de primaria, escribe:

“Me largué furioso, entre once y doce, bajo un sol de patente. El llegó a casa y entró pasito, deseando acaso hacerse hormiguita. Yo no me dí por entendido.

Durante el almuerzo correspondí a sus miradas tímidas y recelosas con este discurso:

—¡Vaya una ocurrencia la tuya! ¿Para eso me hiciste caminar dos kilómetros? ¿No te dio vergüenza de la que yo pasé viendo que no acertaste ni una sola vez?

—Me corté, pero en Anatomía contesté bastante...

—¿Y qué sabes tú de eso?

—Pregúntame...

¡Gravísimo aprietol!

¿Qué diablos sé yo de esa rama de la Ciencias Naturales para preguntarle?

Mis conocimientos en Anatomía no pasan de aquello de “un frontal, un occipital y dos parietales” ¡Ah! Y la definición de “pelos”.

Me parecía indecoroso preguntarle una cosa tan elemental: yo quería anonadarlo con una sola pregunta. Dios me iluminó.

—¿Para qué sirve el ombligo? —le pregunté a boca de jarro.

El pobrecillo se quedó lelo. Miró a la abuela, luego a su madre y después el techo.

Con voz apenas perceptible me dijo: “eso no nos lo han enseñado”.

Iba a saborear el triunfo cuando el pequeño, Pipo, exclamó:

—¡Yo sí sé para qué sirve el ombligo!

Casi me arrepentí de haber hecho la preguntita, pero ya no había remedio y añadí, entre curioso y desconfiado:

—A ver: dílo tú.

—¡Para sacarse la tierrita!

A mí se me salió la sopa por las narices y faltó poco para que me ahogara...”

*
* *

La nómina de obras de T. P. Mechín aparece en la nota preliminar de la edición a que hemos aludido. De ella entresacamos las obras de carácter irónico, que son, además de la mencionada, *Brochazos* (1925), *Dr. Gonorreitigorrea* (1926), *Candidato*, comedia en tres actos (1931), y *La muerte de la Tórtola*, novela de costumbres (1932).

Murió don José María en Guatemala, en donde se hallaba de paso, en julio de 1944. Ojalá que la reedición de *Burla burlando* sea el comienzo de la reedición total de sus obras, que por muchos títulos resultan de indispensable conocimiento en la historia literaria de mi patria.

Pasando por encima de preconceptos bastante extendidos en El Salvador, saltando por sobre la intocabilidad de algunos varones e irrespetando la nombradía un tanto gratuita que a más de uno de ellos se otorgó, no vacilamos en señalar a *Francisco Herrera Velado*—nacido en Izalco, población indígena del departamento de Sonsonate, el 8 de enero de 1876— junto con Alberto Rivas Bonilla, como a los mejores humoristas salvadoreños del siglo pasado.

Colaborador frecuente de la revista *La Quincena*, que ya hemos tenido oportunidad de citar, Herrera Velado inició su carrera literaria con el cultivo de la poesía lírica. Hacia 1923 cambió de tónica, publicando en El Salvador su libro *Mentiras y Verdades*, ya difícil de conseguir (debería a nuestro parecer reeditarse). Son cuentos y leyendas picarescos, escritos en muy elegantes y flúidas octavas reales, que recuerdan en mucho a las del guatemalteco Batres Montúfar (*El Relox, Las falsas apariencias*) a quien Herrera Velado sigue conscientemente muy de cerca, a grado de escribir una continuación o glosa de *El Relox*.

El Dr. Ramón Quezada, otro humorista de estirpe, indica en el prólogo de esta obra: "El alma deliciosa y traviesa de José Batres Montúfar tiembla en sus páginas y por ello causa su lectura indecible bienestar. Parece que un soplo de erotismo de subido color abrasa estas hojas, ya dolientes, ya impregnadas de lascivia y siempre reales".

Este suave reproche —el del subido erotismo— lo hallará bien justificado el lector que recorra las páginas de la obra. A veces llega al lindero mismo de la vulgaridad y sólo le salva de caer en ella el salto de garrocha, atrevidísimo, que da apoyándose en el ingenio. Siempre le queda un equívoco, una anfibología, una deliberada oportunidad para echar la culpa de todo malicioso contenido, a la imaginación del lector.

Vaya ahora una muestra de su fluidez retórica y su penetrante ironía:

*Soy un hombre de pro, de autoridad,
un administrador de gran poder,
por mi capacidad y seriedad,
y me saben querer y obedecer,
y domina en San Paz mi voluntad.
Pero en casa quien manda es mi mujer,
y hago lo que tengo estipulado,
lo mismo que si fuese diputado.*

Agua de Coco se publica en 1926. El infatigable Trigueros de León, director del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, nos ha brindado una buena reedición de este libro, en 1955. Es el volumen 4 de la *Colección Contemporáneos*.

Es un tomo de relatos en prosa. Su título no requiere explicaciones para los salvadoreños, pero sí para los extranjeros. En el caluroso departamento de Sonsonate, bendecido por innumerables corrientes fluviales, los cocoteros prosperan exuberantemente, a grado de imprimir carácter específico, tropicalísimo, al paisaje. De ahí que las gentes de la zona reciban el cognomento de "agua de coco", tal como

en Chile llámase “penquistas” a los de Concepción, y “morlacos”, en el Ecuador, a los de esa tacita de plata que, entre picachos cordilleranos, tiene el españolísimo nombre de Cuenca.

Así, el título de la obra que nos ocupa, refiérese a la comarca y a sus moradores. Es el escenario y son los personajes de los cuentos.

El escritor nacional Manuel Andino se refiere sintéticamente a esta obra, en los términos que siguen:

“*Agua de Coco* consta de veintidós cuentos y tradiciones, todos de ambiente sonsonateco, que el autor conoce muy bien, en que ha vivido intensamente: Herrera Velado nació en una de las poblaciones más importantes y pintorescas de aquella región occidental: en Izalco. Así, nadie como él para relatar las cosas y pintar los tipos de esa parte del país. Lo hace con donosura, con agilidad, con estilo fino, picante, matizado de ironías. Hace hablar a sus personajes con naturalidad, en el propio lenguaje de las gentes del pueblo, pero sin abusar de los términos vernáculos, abuso en que caen algunos cuentistas, a grado tal que los cuentos o simples relatos resultan imposibles de entender para los lectores extraños al ambiente en que se desarrollan aquéllos”.

Este conjunto de relatos es de lo más amable, jugoso y picaresco de nuestra literatura narrativa, y de lo que presenta mayor dosis de humor. Como que Herrera Velado conoce las costumbres y el lenguaje de los indios de Izalco y Nahuizalco (los únicos indios puros que aún quedan en el territorio salvadoreño), y sabe de sus trajines rurales, de su psicología, de su humana sustancia.

Elogio especial requiere la obra de *Alberto Rivas Bonilla*, nacido en la ciudad de Santa Tecla, en 1891.

Ya hemos tenido oportunidades aquí en Chile de dar a conocer su nombre y parte de su labor.

El doctor Rivas Bonilla —es médico y cirujano—, actual secretario de la Academia Salvadoreña de la Lengua, tiene publicadas dos obras en el género que hoy nos interesa.

La una es *Andanzas y malandanzas*, en la cual relata las vicisitudes de un pobre perro de finca, todo él canijo y sarnoso, llamado,

por antífrasis, Nerón, en el cual vemos nosotros la representación simbólica y refinada del dolor y la miseria campesinos.

El malogrado escritor nacional Alberto Quinteros h., muerto el año pasado en plena juventud, dice que este libro es "obra cuya lectura es deliciosa, al par que amarga, pues mueve a profundas reflexiones por su contenido dolorosamente humano y su oculto sentido". Estamos completamente de acuerdo con este dictamen. También adherimos al parecer de Quinteros h. cuando afirma que la descripción de Nerón "es sencillamente magistral". Veamos dos párrafos de ella, nada más:

"Era una triste ruina perruna que dejaba de tener pelos por tener pulgas. Matusalén canino que, según todas las apariencias, en un tiempo indefinidamente remoto fue negro parchado de blanco, con dos lunares amarillos arriba de los ojos, y que ahora no se dejaba ver la piel a fuerza de pura sarna".

"A la fecha, se le puede considerar como miembro de la familia. El más humilde, el más resignado, el menos exigente de todos. Hasta nombre tiene: los muchachos le han adjudicado el pomposo de Nerón, ante cuya afrenta, fiel a sus principios y consecuente con su modo de ser, no ha pronunciado una palabra de protesta ni ha tenido la más pequeña manifestación de desagrado".

Andanzas y malandanzas viene a ser, bien mirada, una novela breve, escrita en un envidiable castellano, lo que nos da pie para considerar a Rivas Bonilla como uno de los muy escasos novelistas de la patria.

La obra se publicó por primera vez en 1936; hay ahora una limpia reedición del Departamento Editorial, que aparece como el volumen 2 de la *Biblioteca Popular*, en 1955.

También lleva dos ediciones su otro libro, *Me monto en un potro*. . . La primera se hizo en 1943 y la otra en 1952. Como ambas están ya agotadas, va llegando el momento de hacer un tercera. Bien lo vale este libro, que consta de 26 relatos a cual más gracioso y flexible, con sus ribetes de cuadros de costumbres, pero con moderna vivacidad y estilo sin engolamientos finiseculares. . .

Adolfo Pérez Menéndez, colaborador bastante asiduo de *El Diario de Hoy* de San Salvador, es hombre de gran cultura literaria y de criterios inflexibles. Como polemista es, sin duda, uno de los más peligrosos que haya tenido El Salvador. Su facundia, su fluidez verbal, su sentido un tanto aplastante de la ironía, hacen pensar a veces en los torrentes oratorios de Antonio José de Irisarri.

Es precisamente allí, en la función polémica, en donde Pérez Menéndez ha demostrado condiciones excepcionales de humorista. Lo hemos visto escribir denuestos disimulados, cuya lectura haría pensar en un hombre envenenado de rencores, y reirse él mismo a carcajadas de las cosas que le van brotando de las teclas de la máquina. Es demoledor. Es terrible. Es un Júpiter Tonante, lleno de malicia, que dispara sus rayos, unas veces de ajustada lógica, otras de jocosísimo absurdo, de manera inclemente. Mas para conocer y gustar su obra, es indispensable estar en antecedentes y saber qué causas motivan cada una de sus polémicas.

No ha recogido sus trabajos en libro; empero, la calidad literaria de todos ellos les otorga de antemano un sitio en la historia de las letras centroamericanas.

Es ahora un hombre próximo a los sesenta años, si no ha llegado a ellos, y vive en la ciudad de Guatemala, en la república hermana y vecina.

*

* *

Por cuanto este esquema se prepara con miras a la utilidad que pueda prestar a la historia de nuestra literatura, debemos consignar un dato no muy conocido: *Raúl Contreras*, el delicado poeta, el activo Presidente de la Junta Nacional de Turismo, es un humorista de gran calidad. Pero mantiene rigurosamente inéditos sus trabajos de esta índole, de los cuales hemos tenido el privilegio —por razón de amistad— de conocer más de uno durante los gratos momentos de las tertulias. Si él no se decide a publicarlos... habrá que hurtárselos.

Aquí sólo podemos testificar el hecho y avalar, con todo sentido de responsabilidad, la categoría de su obra humorística.

También debemos consideración especial como humorista, a *Rolando Velásquez*, oriundo, como muchos de nuestros buenos escritores, de la ciudad de Santa Ana.

Velásquez nació en septiembre de 1913 y ha dedicado casi toda su vida al periodismo, tanto en San Salvador como en Ciudad de México.

Hombre disciplinado, es un autodidacto sólido, como lo confirma su ensayo sobre las actuales juventudes, intitulado *El retorno de Elsinor*.

Además del ensayo, ha cultivado la novela y el cuento. Sobre todo, este último. Su novela *Entre la selva de neón* ha visto la luz recientemente, editada por el Departamento Editorial en 1956. No es este el sitio adecuado para juzgarla.

Mas su libro de relatos breves, *Memorias de un viaje sin sentido*, sí que cabe dentro de nuestro actual esquema: es, indiscutiblemente, obra de humor. Y de humor depurado, fino, culto. Se publicó en 1940, en su ciudad natal, y consta de nueve narraciones. Presentar íntegra una de ellas, sería lo ideal; pero como es imposible, conformémonos con pasar los ojos sobre la página inicial de uno de esos cuentos, titulado *Cuando me fugué con Elena de Troya*:

“Para Elena de Troya.—En sus manos adorables.

Linda Elena:

Yo no sé si Elena de Troya era rubia como Ud. Tampoco sé si tenía los ojos azules como Ud. los tiene y el andar rítmico de geisha que tiene Ud. (le advierto que no sé lo que es una geisha de carne y hueso, porque desgraciadamente hasta la vez no he conocido a ninguna, pero me imagino que ha de ser una cosa muy bonita). ¿No le parece? Sí le parece. Ya veo la señal de asentimiento que hace Ud. Con los ojos del alma la estoy viendo decir que sí, porque para una mujer siempre es difícil decir que no. Sobre todo si se trata de cosas que no entiende. ¿Me entiende? Veo que también dice que sí.

Pues bien. Quería decirle que no sé cómo era la aludida Elena de Troya, pero sí sé que era bonita. Tenía la misma gracia suya, el mismo acento de la voz, el mismo fuego de la mirada, la misma ternura entre las manos. La belleza de aquella Elena, igual que la suya, era tan inmaterial, tan grande e imponderable, que hizo se desencadenara una larga y sangrienta guerra entre dos pueblos. Guerra semejante a la que se ha desatado dentro de mi corazón desde el momento en que la conocí. Porque mi corazón arde en estos momentos como los campos de Abisinia. Mis sentimientos, desde hacía mucho rato clamaban pidiendo a mi voluntad que se doblegara. Y mi voluntad fue vencida hoy, desde el momento en que me puse a escribir esta carta, para decirle que LA AMO. La amo con toda la fiebre del corazón, con todo el quebranto del alma, con todo lo que el ser humano tiene de noble. LA AMO. Quisiera podérselo decir a la sombra de una encina milenaria plateada por el plenilunio, bajo el arrullo de los zorzales y los jilgueros nocturnos, como los personajes de Pérez Escrich.

Pero ya que esto no es posible porque carecemos de esa decoración poética, se lo diré verbalmente uno de estos días, aunque sea en forma prosaica, a la salida del almacén en donde Ud. trabaja, entre el ruido de los coches de alquiler y la molestia constante de los voceadores de golosinas.

¡Ah, mi Elena incomparable! Elena de Troya resultaría —ahora que mi amor nace lo adivino— una del montón al ponerla junto a Ud. Déjeme que le diga: LA AMO; y brillarán mejor las estrellas; LA AMO, y se abrirán las rosas en todos los jardines.

¿Y Ud. a mí me ama? Ya sé que dirá que sí, porque para las mujeres siempre es difícil decir que no.

Suyo, eternamente suyo.—*Ulises Alvarado.*

Redactor sensacional de *El Eco Fugaz.*

Así de tonta era la carta que me abrió las puertas del cariño de Elena, la muchachita rubia que trabajaba en la casa “Madero y Compañía Limitada, Almacén de cosas viejas por abonos semanales”.

La muestra que acabamos de presentar es bastante para poner de relieve la agilidad de Rolando Velásquez, cuyo valor como humorista es, a nuestro juicio, superior al de muchos consagrados del siglo pasado. Al de casi todos, para decirlo de una vez...

Una de las últimas obras presentadas por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura a la curiosidad de los lectores, es el *Disparatario*, de José María Méndez.

Hijo de la ciudad de Santa Ana, Chemita, como solemos decirle los amigos, nació en septiembre de 1916. Tiene, pues, cumplido los cuarenta.

Su padre fue el doctor Antonio Rafael Méndez, en varias ocasiones magistrado de la Corte Suprema de Justicia y sin duda uno de los más brillantes juristas con que haya contado el foro salvadoreño. Chemita heredó los talentos de su padre, y, a su vez, entre los abogados de mi generación, está reputado como uno de los más sólidos y hábiles. Se doctoró en 1941. A diferencia de don Antonio Rafael, que manifestó predilección por el Derecho Civil, José María Méndez se ha inclinado al Derecho Político y al Penal. De ahí que su labor de humorista haga frecuentísima alusión a ambas materias y a sus disciplinas conexas.

Disparatario no es un libro planeado como tal: se ha integrado con diferentes trabajos de distintas épocas; pero tiene la unidad que le otorgan un espíritu y una personalidad bien definidos.

Consta el volumen de varias secciones. La primera tiene el mismo título del libro y sus trozos son greguerías (el autor niega que lo sean), como estas tres que van de muestra:

“Cuando al sabio rey le decían los palaciegos que todo marchaba bien, él entendía inmediatamente que todo marchaba bien para ellos”.

“Palaciegos eran los encargados de volver ciegos a los dueños de palacio”.

“Aquel diputado no tenía pelo de tonto. ¡Era calvo!”

Hay una sección que él encabeza con estas palabras explicatorias: “Durante año y medio, aproximadamente, dirigí *Patria Nueva* en

unión de los doctores Julio Fausto Fernández y Antonio Rodríguez Porth. Allí, con el pseudónimo de *Flit*, publiqué una columna bajo el título *Fliteando*. Reproduzco aquí algunas de ellas”. Nosotros no resistimos la tentación de reproducir, a nuestra vez, este articulillo firmado por *Flit*:

“A un señor de apellido H... le probaron: a) que tenía montada una oficina especial para recibir clientes con un rótulo que decía: “Dr. H... abogado”; b) que acompañaba a varias personas que tenían asuntos pendientes en los juzgados a sus visitas al tribunal y que durante esas visitas procedía a examinar los expedientes relativos a dichos asuntos y tomaba de ellos notas o apuntes; c) que en varias ocasiones al declarar su profesión declaraba la de abogado; d) que intervenía en varios juicios como cesionario de derechos de crédito y derechos hereditarios. Todos esos hechos, dice un alto Tribunal de Justicia, no pueden servir de base para establecer la presunción de que ese señor se dedica al ejercicio ilegal de la abogacía; “y por lo mismo no hay mérito para detener al señor H... como sospechoso del delito de ejercicio ilegal de la profesión de abogado”. Revocó el auto de detención que había dictado el juez de primera instancia y sobreseyó en el procedimiento.

Nosotros apoyamos la resolución del tribunal que conoció en grado y creemos que el juez que dictó el auto de detención pecó en mucho de suspicaz. ¿Cómo suponer, por todas las circunstancias apuntadas, que el señor H... se dedicaba a la profesión de abogado? Ese suponer es mucho suponer. El señor juez sería capaz de afirmar, viendo una persona vestida de sotana, con la coronilla rapada y diciendo misa en una iglesia, que esa persona es cura. Lo cual sería afirmar sin fundamento.

La sentencia que comentamos envuelve una sabia enseñanza de moderación en los juicios. No hay que juzgar a nadie por las apa-

riencias, porque las apariencias, así lo ha establecido la sabiduría popular, engañan. Si ve usted, por ejemplo, a un señor que atraviesa la calle haciendo eses, oloroso (o hediondoso) a licor, gritando desafortunadamente “yo soy hombre y no hay quien me lo niegue”, no vaya usted, no, a suponer y menos a afirmar que ese señor va borracho. Las apariencias, repito, engañan. Puede que el tal señor esté locamente enamorado de una mujer de nombre Salvadora y que le haya dado por escribir la letra inicial del nombre de su amada con el paso. Puede también que vaya oloroso a licor porque le haya caído encima una botella que desde lo alto de una casa lanzaron unos auténticos bebedores. Lo de gritar el género masculino tampoco es signo de borrachera. Puede que este señor, atormentado antes por la duda de si era una especie de Jøergensen, venga ahora de donde un médico que le haya quitado definitivamente las preocupaciones y grite de alegría al saber que es un hombre completo.

Sabia, pues, la sentencia que ataca la suspicacia y recomienda moderación y cautela para juzgar al prójimo”.

En nuestras manos tenemos los originales de otra obra de Chemitita Méndez: una novela inédita que se llama *Un viaje a Chacotrancia*, de punzante humor, en donde se satirizan los nepotismos, los compadrazgos políticos, las ineptitudes y las triquiñuelas de una burocracia poco escrupulosa. Como novela, quizá esta obra requiera una revisión exigente por parte del autor y más de un reajuste formal; pero es bien notorio que contiene páginas deliciosamente logradas.

No es el afecto personal de una larga y honda amistad lo que nos hace ver en José María Méndez a uno de los más auténticos humoristas que han tenido las letras salvadoreñas. Sin vacilaciones proclamamos que él y Rolando Velásquez son los mejores de nuestra generación de cuarentones.

*

* *

Afirmamos atrás que en este siglo el humorismo salvadoreño se torna más periodístico que literario. Esta observación es válida en términos generales; pero amerita sus reservas, porque, como hemos visto, algunas de las mejores plumas en el género han surgido después de 1900. Por lo demás, no es fácil trazar una línea divisoria precisa entre lo periodístico y lo literario. Recogida en volumen la obra diaria de una época, si su temática tiene caracteres permanentes y su forma dignidad estilística, puede pasar de una a otra categoría. En fin... los diarios imponen la visión de lo inmediato, el juicio a veces precipitado del acontecer de un instante.

En ya remota ocasión, esgrimieron este tipo de humor el poeta *Serafín Quiteño* y el abogado *Rodolfo Cerdón*; más tarde, *Pedro Geoffroy Rivas*, que es ambas cosas —poeta y abogado—, creó en *La Tribuna* un personaje del ambiente, *Juan Pueblo*, muy similar al chilénísimo *Juan Verdejo Larrain* que creara Coke. Los dichos y reticencias de Juan Pueblo han causado el regocijo o el escozor de los lectores. El diario ha tenido muchas vicisitudes y sus frecuentes cambios de personal hicieron que el símbolo fuese pasando por varias manos. Quienes con mayor ingenio lo hicieron expresarse, fueron su propio creador Geoffroy Rivas, el licenciado *Alfonso Morales*, *Manuel Aguilar Chávez* y el poeta guatemalteco *Manuel José Arce y Valladares*. En el mismo periódico —que desde hace largo tiempo cambió su nombre por el de *Tribuna Libre*— aparecen ahora las *Humorículas*, por P. Ch. (“Peche” quiere decir, entre nosotros, flaco). El autor no ha revelado su identidad. Su ingenio es verbalista: muy adicto al “calambour” y no de gran altura. En la *Prensa Gráfica*, el ya difunto *José Quetglas* sostuvo una sección bastante fina, que firmaba como “don Q.”, y allí mismo, *José Jorge Láinez* publica, como “Mister Ikuko”, unas muy graciosas e intencionadas crónicas detectivescas,

que constituyen excelentes caricaturas del medio. En *Patria Nueva*, como ya indicamos, José María Méndez publicó bajo el seudónimo "Flit" una columna diaria de crítica humorística.

¿Qué habrá de quedar de todo esto? . . . No lo sabemos. En todo caso, cada uno de los periodistas mencionados —y alguno que se nos escape— están dando su aporte al género. El tiempo dirá lo demás.

¿Hasta qué punto el fabulista pueda ser considerado como un humorista?

Esto es ya tema de apreciaciones individuales y hasta un tanto subjetivas. Para mí es evidente que uno y otro trabajan con los mismos elementos de fondo y hasta con los mismos recursos formales. La diferencia estriba, a mi ver, en la dirección en que estos últimos elementos son empleados. El humorista los utiliza deductivamente, yendo de lo general a lo particular; el fabulista, a la inversa, inicia su trabajo con un caso particular —un "enxiemplo", que dijera el Arcipreste— para arribar luego a la formulación de una norma que es, o pretende ser, de universales alcances políticos, morales o filosóficos.

Y si esto acontece en el orden lógico, no otra cosa ocurre en el psicológico: el humorista parte de un planteamiento serio, noble, elevado, y cuando menos lo esperamos nos deja caer desde ahí a una conclusión que, por inesperada, desencajada y contrastante, provoca en nosotros la risa o la sonrisa.

Vaya aquí un ejemplo para expresar mejor nuestro aserto. Ninguno más adecuado que éste de Mark Twain, en que las dos partes indicadas tienen un notorio relieve. Dice Mark Twain:

"La cosa más valiosa que tenemos es la Verdad. Por eso debemos economizarla".

En cambio, el fabulista parte de la tierra, del caso concreto y baladí, para subir, al final, a las esferas de la pura abstracción.

Mas, insisto, los elementos de fondo son los mismos: la oposición entre lo abstracto y lo concreto; la oposición entre lo general y lo particular. Y el recurso formal básico, el infalible, es para ambos el contraste sorpresivo.

Fuera de esa diferencia de dirección a que nos referimos, sólo se encuentra otra: la prosopopeya, esa figura retórica conforme a la cual se otorga a los animales y las cosas, personificándolas, la facultad de hablar. El humorista puede valerse del recurso; pero no le es imperativo. Al fabulista le es indispensable, pues la fábula es, por definición, prosopopéyica.

Por el parentesco estrechísimo entre el humor y la fábula —ambos productos del ingenio vivaz y un tanto artero— hemos dejado para final de estas presentaciones, el nombre de *León Sigüenza*: el único fabulista entre los salvadoreños y el único salvadoreño entre los fabulistas.

El arte de Esopo y la Lafontaine no ha sido muy cultivado en América. Quizá sea, bien mirado, un arte ya caduco. En Centroamérica, que yo recuerde, sólo tres varones se han dedicado a él: hacia la Colonia, Rafael García Goyena, con *La tentativa del León y el éxito de su empresa*. García Goyena era, en realidad, ecuatoriano; pero se asimiló a las letras de Guatemala, por aquella época. Después, surgió en Honduras, Luis Andrés Zúñiga. Por último, en El Salvador, Sigüenza, cuyo único libro, *Fábulas*, es póstumo. Vio la luz en el año de 1942, en modestísima edición costeadada por parientes y admiradores. En 1955, el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura reimprimió la obra, ahora en buen papel y con buen gusto.

Sigüenza, quien fuera por muchos años cónsul de El Salvador en el Japón, enderezó sus fábulas contra vicios sociales y políticos. Uno de sus temas principales es el mal escritor y el semipoeta aficionado, que pulula en nuestras letras... La ejemplificación de Sigüenza arranca de nuestro propio mundo vegetal y animal. Sobre todo, del primero, es decir, de la flora. Demos un ejemplo nada más:

LA PERA Y EL MANGO

*Nunca hay que usar palabras
de un idioma extranjero*

*porque el lenguaje propio
tiene un hermoso y abundante léxico.*

*Entre todas las frutas
a la Anona prefiero
(le decía la Pera
al malicioso Mango lugareño).*

*—¿Por qué, mi buena amiga,
la distingue tu aprecio?
¿Será porque es muy blanco
el interior carnoso de su pecho?*

*—Será... Es porque tiene
semillas de gran precio
entre sus suaves carnes
(interrumpió la Pera al compañero).*

*¡Qué gusto!, dijo el Mango,
(y a solas): —Voy cayendo
por qué mi compañera
aprecia tan incómodo defecto.*

*Y es porque ella no tiene
pepitas en el cuerpo
y juzga, que entre frutas,
es la semilla lo de más provecho.*

*¿Pero de qué me extraño
cuando hay escritorzueros
que aplauden ciertas obras
tan llenas de vocablos extranjeros?*

*
* *

Hemos pasado revista a lo que de más valor presenta el humorismo salvadoreño. Quizá hayamos incurrido en alguna omisión no deliberada, ya que estas anotaciones se ha preparado lejos de la patria y con elementos de consulta bastante precarios.

Salta a la vista que el género no ha sido muy cultivado en El Salvador. Carecemos de una tradición como la que en Chile significan, *verbigratia*, los nombres de Jenaro Prieto, de Tinsly, de Eliana Simon, de Enrique Araya, de Coke, de Perico Müller... Y si bien es cierto que asalta la tentación de indagar el porqué de esta parquedad humorística, también lo es el que debemos resistir esa tentación. Porque el tema daría pie para un ensayo largo, quizá de mayor extensión que estos apuntes y excedería en mucho los límites de la intención inicial. No es imposible que lo intentemos después: por ahora, nos conformamos y satisfacemos con la idea de que, recopilando y ordenando este conjunto de nombres, referencias y paradigmas, prestamos algún servicio a los estudiosos de nuestras letras, quienes encontrarán aquí señalados los hitos por los cuales pudiera encaminarse una indagación más documentada y completa.

Santiago de Chile, abril de 1957.